

LA OPINION

DIARIO DE LA MAÑANA

Suscripción

En Lorca, mes. una peseta
Fuera, trimestre. cuatro »

DIRECTOR

Francisco Carrasco Ruiz

Anuncios

y comunicados á precios convencionales.
Administración é imprenta: Corredera, 46

Política y administración

Ya pasaron las elecciones; ya se ha descifrado el enigma político de la provincia y ya todo está en calma otra vez: los victoriosos saboreando el triunfo y los vencidos tragando sus amarguras.

Cosas de la vida; los acontecimientos se suceden y el hombre que hoy está colocado en el pedestal del éxito, mañana es derrumbado por un soplo de la fatalidad.

Esto en la política ocurre con frecuencia; Maura es un ejemplo en grande; Payá es un caso en pequeño.

Aquel gran hombre que llenó el mundo con su fama, hoy le derrotan á sus amigos en Madrid y en varios distritos y circunscripciones y le dejan limitado el número de amigos en el Congreso á la más insignificante cantidad. Yo recuerdo cuando gallardamente ocupaba la cabecera del banco azul, teniendo á su espalda cerca de trescientos diputados, todos dispuestos á seguirlo hasta en sus errores.

Fué el presidente del Consejo que más ha hipnotizado á sus amigos con su brillante palabra.

Ha sido el político de España, en estos últimos tiempos, que más opinión llegó á conseguir en favor suyo.

Y ahora ya lo véis dirigiendo su reducido número de amigos, que fieles á sus ideales, le siguen en el apartamiento en que se halla, de intervenciones directas en el manejo del Estado.

¡Pues si á Maura, al gran Maura le ha ocurrido esto en España, ¡á Payá, después de su desastre, ¿qué le espera en la provincia de Murcia?

Aunque á mí no me afecta grandemente, porque, como saben mis lectores, yo me aparté hace meses de los derroteros del que entonces era Jefe provincial, sin embargo me preocupa en los momentos actuales la situación en que se encuentra.

Ha sido una transición muy grande la del Sr. Payá; y de árbitro de la política liberal de la provincia, de designador de alcaldes, jefes y caciques que era, en unas horas ha visto desaparecer su poderío.

Yo no sé la actitud que adoptará después de su derrota ni la de sus amigos; pero es un problema difícil de solucionar.

La guerra, ya le ha de ser difícil de hacer, por que á sus enemigos los conservadores se han de unir los li-

berales triunfantes, esos liberales que fueron unos arrollados y otros abandonados por él, y ya es una fuerza enorme y avasalladora.

Reducirse supongo que no se ha de reducir, porque ni eso encaja en su carácter, ni le resolvería nada políticamente; de modo que para mí es una cuestión insoluble que el tiempo y los acontecimientos posteriores han de resolver.

Es, en fin, la situación del Sr. Payá una de las más difíciles que hemos conocido en los hombres políticos y si la sortea bien, se acreditará, no solo ante sus amigos si no que también ante la opinión, y ese puede ser el principio de una nueva era de su vida, donde quizá marche más despacio, pero con paso más seguro y por camino más despejado de espinas y abrojos.

C.

Pretérito

Abate; ha dicho la marquesa; llueve en el parque y en mi corazón; es cansada la lluvia ¿verdad?—Teneis razón: es cansada la lluvia y sobre el alma pesa. ¿Queréis rapé?—No—Bailan en el salón. —Ya pasó nuestro tiempo dorado. —Pasó... Pasó... ¿Os acordis, marquesa, de (de aquel día?)

—Sí...—¡Oh, marquesa! ¡Todavía! —No: el tiempo; cual la lluvia ha borrado las huellas del jardín; borró del alma mía aquel amor... Mas hoy... ¿escucháis, marquesa? (quesa?)

llueve en el parque y en mi corazón marchito y apagado. Tenéis razón. Es cansada la lluvia y sobre el alma pesa... ¿Queréis rapé, marquesa?... Bailan en el (salón.

Fulgencio Espejo Torrecillas.

CHARLAS

Injusticias

Hace poco leía yo en un periódico, de no se donde, un escrito de un autor, que no recuerdo, y en él se contaba un episodio curiosísimo ocurrido á una mariposa y á un abejorro negro.

Aun á trueque de manciillar la idea con las inhabilidades de mi prosa, voy á intentar referir á mis lectores lo relatado por el castizo escritor; perdóneme él si desfloro su obra, perdónenme los lectores de LA OPINION, si los molesto con esta charla.

Era de noche; una hermosa noche de verano; el lujoso hotel se destacaba en la soledad de los campos, fuertemente iluminado, brillando entre la negra hojarasca del jardín, como una luciérnaga de oro. En torno

del edificio corría una amplísima galería, que bajo una marquesina de hierro, era en tiempos estivales, era á la vez cuarto de trabajo, comedor *budoir* y salón de visitas. En estas galerías, adornada de plantas exóticas, de aves rarísimas de plumaje multicolor, de valiosas estatuas de mármol y de barro, de sillas, mecedoras y sillones de artística construcción, en una mesita pequeña, cubierta con adamascado y albo mantel, aún se halla el juego de thé servido momentos antes, y las teteras y tacitas de plata repujada lanzan vivos destellos al ser heridas por la luz, espléndida y clarísima, que derrama sobre la mesa una lámpara incandescente de luz eléctrica.

Una mujer hermosa, elegante, distinguidísima, fija absorta, soñadora, sus ojos en la alta lámpara que, cubierta con un reflector de vidrio coloreado, arroja sobre la mesa, que hay debajo, un torrente luminoso.

De pronto su vista, antes distraída, sigue atenta las evoluciones, curvas y líneas zigzaguentes de una mariposa que ha entrado en el cono de luz y que, con afán rayano en la locura, se agita, torna y gira, avanza y retrocede, salta y voltea al rededor de la lámpara. Acaso, despertada de pronto en la cama perfumada que se improvisó en el cáliz de un clavel, equivocó la luz artificial con la luz vivificadora del sol y se precipitó, irreflexiva, á lucir sus alas polícromas en un rayo esplendoroso del astro de los astros.

La dama dió un grito de piedad y tendiendo sus manos blancas, diminutas, amasadas con rosas y jazmines, quiso salvar á la mariposa de la traidora muerte que le esperaba; al fin lo consiguió: casi asfixiada por la luz del pequeño foco cayó sobre el mantel el lindo lepidóctero, estremeciendo sus alitas tornasoladas, en donde una mano divina dejó los colores del iris espolvoreados de oro, junas alitas de *moirée*, tembladoras y nacarinas!...

La jóven cogió con sus dedos á la moribunda mariposa y yendóse con ella á los confines del huerto, en un rincón de fresca obscuridad, soltó los élitros de gasa, dejando en libertad á la inconsciente suicida y murmurando con su voz de plata:

—¿Cómo no salvarte, si eres tan hermosa?...

A su vuelta, otro insecto intruso danzaba alrededor de la luz: un abejorro negro; zumbaba agorramente, deslumbrado y aturdido, tropezando con loca desesperación en el servicio

del thé, aleteando con rabia impotente y cantando lúgubrememente. La dama, dió al verlo otro grito, pero un grito de angustia, de repusión y de asco, y llamando, con voz trémula á un criado, le dijo:

—¡Por Dios, mate usted á ese bicho tan feo!

El pobre animal, tan inofensivo como la pintada mariposa, cayó, por fin, al suelo, casi deshecho por una manotada del criado obediente.

Y aquella noche, se efectuó en la artística galería del hotel, bajo la luz brillante y hermosa de la lámpara eléctrica, la eterna injusticia.

CYRANO.

DEL DÍA

El novillero Carpio, que con tan mala fortuna toreó hace dos ó tres días en la plaza de toros de Madrid, es maestro de escuela.

La noticia es sangrienta, cruel y revela lo que somos y al nivel en que nos encontramos.

Carpio, después de pasar dos ó tres años, tal vez los mejores de su juventud, estudiando la honrosa carrera del Magisterio, cuando la termina, en vista de que su trabajo ha sido inútil, de que no le sirve de nada, lo estudiado, de que su profesión no le da ni aun lo necesario para el sustento, viendo que en esta tierra solo vive y triunfa el astro el astro coletudo, elevado á la categoría de ídolo por el populacho, troca el jibro y la pluma por los nefastos artefactos del toreo, viste el ridículo traje de lentejuelas y se lanza al ruedo.

Y este hombre, que en aquellos momentos debiera estar en el sagrado recinto de su escuela, ejerciendo su laudable misión educadora, rodeado de sus discípulos, enseñándolos, dando sabias lecciones para que el día de mañana fueron ciudadanos útiles á su patria, hace algunas piruetas frente á un toro, robado á la agricultura, el cual arremete contra él y le ocasiona una grave herida que lo pone á las puertas de la muerte.

El pueblo, alborozado, presencia el espectáculo. El pueblo que antes vociferaba como jauria hambrienta, jaleando al torero, ahora se lamenta de su desgracia. Pero no tiene derecho á quejarse, puesto que él fué el que lo lanzó por esos derroteros, al glorificar al héroe de la lentejuela y relegar al maestro de escuela; él que no quiso darle lo que le pertenecía como educador y le hizo que fuera á buscarlo como fante.